

Las ciencias sociales en la comprensión del orden sociopolítico

Noviembre de 2024. Son días duros para la Argentina. El contexto viaja a velocidades extraordinarias. La violencia trepa por las paredes del tejido social e institucional de manera impensada, molesta, denigrante. El registro retórico que avanza sobre el debate público casi no deja resquicio para no sentirnos obligados a replicar esa condición (in)justamente violenta que conduce, casi de la nada, a la descalificación y la deslegitimación, sin más, del oponente o el adversario. Por momentos, pareciera que se trata simplemente de subirse a una ola creada por otro, con el destino de atacar a mansalva cualquier cosa que no esté de acuerdo, usando cualquier palabra, cualquier argumento. El objetivo es explícito: destruir, demoler, dismantelar, desmotivar; en definitiva: hacerle mal al resto. Así está el juego.

De esta manera, la violencia a la que está sometido el debate público parece obligarnos a tomar partido con rapidez, so riesgo de caer en una ya muy despavimentada avenida del medio. El punto es que quienes azuzan con rigor ese fuego (el de tomar partido), a veces, soliviantan el chisperío en la solicitud de un apoyo personal, cuando —y de más está decir— de lo que se trata ahora, al revés, es de lo que cada argumento simboliza para el sostenimiento de la vida en comunidad, de arreglos gregarios de convivencia, precarios y contingentes, pero concebidos con pretensión del beneficio del “dañado”. A veces, reiteramos, “tomar partido” no es tan difícil (en este caso es obvio). El punto, sin embargo, es la forma que elegimos para hacerlo.

Pensar *algo en común* y no exterminar eso colectivo ya es una forma de tomar partido. Si todo se mide en cotizaciones, préstamos y canjes, la vida tendrá una forma, la que sea, pero, creemos, lo que hay que discutir es si (es deseable que) todo en nuestra vida se mida en esos términos. Para poner en cuestión esta forma de entender la vida en común es que justamente, entre otras cosas, existe la ciencia social. Un aporte quizás no dinerario, es cierto, pero que implica muchísimo trabajo de lectura, de reflexión, de escritura, de discusión.

El bienestar económico es una preocupación central en la Argentina. Estaba incluso en el corazón del mensaje transicional de Alfonsín. Aquella democracia restablecida, con la que —como rezaba la multitud de aquellos años— “se come, se educa y se cura”, suponía condiciones materiales básicas justamente para poder comer, educarse y curarse. No obstante ello, y no se trata de una insuflación a aquel discurso ni de aquel líder, el económico no es el único tipo de bienestar al que podemos o podríamos apuntar. Bienestar, en todo caso, es hoy una palabra que parece molestar, rayando los bordes de la psicosis, a quienes la confunden con colectivismo, para el que ya le dio un sentido malo a esa palabra (a la palabra colectivismo y a sus supuestos sinónimos). Aquí, por nuestra parte, no buscamos afirmar que el sentido del bienestar es uno solo. Se trata, antes bien, de ponerlo en debate, más aún cuando se trata de un concepto que alude fundamentalmente a un “común” (a un colectivo) y no a individuos. Incluso, en el discurso más difundido en la actualidad argentina, ese “individuos” recorta sobre un “colectivo”: los “argentinos de bien”; colectivo del que nadie sabe bien si forma parte o no pero que, al fin y al cabo, es inevitable para construir políticamente lo social. Lo colectivo, en definitiva, y pese a las formas que adquiera, es ineludible.

Si esto suena coherente, el paso lógico aquí es deconstruir incluso nuestras propias ideas de base. La política nacional está demoliendo el sistema universitario (el sistema educativo en general) y el sistema científico y tecnológico. Tácticas de expulsión de trabajadores, aun de manera molecular, son diarias. Tácticas de desfinanciación de circuitos de becas, de ingresos a la carrera de investigador (en el CONICET fundamentalmente), de activación de proyectos de investigación aprobados (incluso de proyectos que *no* financia el Estado nacional), son parte del juego diario. Eso es moneda literalmente corriente.

Ahora bien, ¿qué sentido tiene salir a explicar que el sistema científico y tecnológico nacional (mismo las universidades nacionales) es uno de los más reputados en el mundo? ¿Qué sentido tiene explicar que, quienes somos parte y quienes aspiran a serlo, nos sometemos a mecanismos hasta cuádruples de evaluación para continuar o ser parte de ese sistema? ¿Por qué deberíamos discutir, desde el tono utilitario actual,

cuánto ganamos los docentes universitarios y los investigadores, porque se paga “con la nuestra”? Justamente ahí está la deconstrucción: la idea de “nuestra”. Aplicando la misma lógica, los docentes y los investigadores aportamos la parte que corresponde de tasas e impuestos para que, entre otras cosas, cobre el salario —como debe ser— el jefe de gabinete o el presidente de la cámara de diputados.

Pero, a tono con lo que venimos diciendo, no se trata de cancelar argumentos fáciles del rival con frases más o menos determinantes; tampoco se trata de replicar la lógica básica de los argumentos (utilidad, impuestos, equilibrio, etc.). Antes bien, lo que se trata es de poner en el centro de la discusión pública que lo que está en juego hoy no es simplemente el salario de un grupo, sino la forma de “vivir en común” de una totalidad. Y eso que se pone en juego es un modo de legitimar o deslegitimar la palabra del otro.

De este modo, el proceso de deconstrucción puede arribar a lugares de aportación. Tal vez no es cuestión de aborrecer que alguien se jacte de hacer el ajuste más importante de la historia, ni de explicarle que ese ajuste supone (más) pobres y cada vez más desnutrición. Tampoco será cuestión de sufrir con las reivindicaciones al terrorismo de Estado y la apología al uso de gas pimienta contra menores de edad, exponiendo razones para recuperar una vida en común que, con mil defectos, tenía un sentido. En principio, quizás y para nosotros, se trata primordialmente de estudiar e investigar de dónde emerge, cómo se configura y reconfigura a diario, hacia dónde apunta una nueva forma de entender el mundo, de la cual el nuevo credo oficial es tan sólo una parte. Y puede que las conclusiones y consecuencias de este primer paso pongan en evidencia el rol primordial de las ciencias sociales, cuando esta apunta a rever (y no a prever) los presupuestos y valores mismos que organizan lo común de la comunidad. De allí que se pueda discutir, por ejemplo, si aquel consenso democrático que suponíamos inquebrantable desde 1983, aun con los vaivenes obvios, no fuese tan indestructible como creíamos; o que, frente a la tentación de responder a la destrucción actual con mera violencia, establezcamos un momento de reflexión de los procesos legados por nuestro pasado reciente, para así evaluar no tanto las potencialidades sino las limitaciones de combatir lo ilegítimo, incluso, lo insoportable, por mano propia.

Por supuesto, es posible que el contexto de pobreza y destrucción como el que vivimos nos ofrezca poco espacio para el debate, para la tarea de pensar y discutir. Quizás, por lo pronto, nos (re)signamos a sobrevivir, atomizados, escuchando día a día que alguien tuvo que despedir a alguien o que fue despedido (y no solamente en el Estado). De cualquier manera, dudamos que nuestra tarea sea la de auparse en una vorágine editorial que reitera —desde distintas perspectivas— de quién es culpa “Milei”. No es cuestión de avisar que “yo lo vi venir antes y ustedes no se dieron cuenta de nada”. En suma, la ciencia social no puede pretender explicar todo en base a encuestas ni, mucho menos, arrogarse capacidad de predicción. Hacer ciencias sociales, denostadas y vilipendiadas a niveles insólitos en la actualidad, supone, para nosotros, poner en debate los argumentos (o diatribas, lo que sea) sin dejar de ser —como afirmó Javier Franzé, quien ha publicado en el número inicial de nuestra revista— *rigurosos* en su lectura.

Ser rigurosos sugiere, de suyo, que hacer ciencia social no puede significar revelar una verdad que nadie vio. El “hecho” (estrictamente entre comillas) de que no podamos afirmar verdades propone, hacia el final de nuestra deconstrucción, que esos propios conceptos (el de verdad y el de hecho) son discutibles. La cuestión, sin embargo, radica en la textura y los límites de lo realmente discutible. Ocurre que en este contexto el ataque diario, la provocación (sea o no calculada), generan literalmente una regurgitación casi constante. No obstante ello, la tarea que aquí invocamos —la rigurosidad en las ciencias sociales— no remite a un reclamo sectorial, corporativo, o como gustan decir, de “privilegios”. No se trata de una cuestión auto-protectiva para poder seguir viviendo “bien”. Se trata de cómo vivimos entre todos. Eso común que tanto se vilipendia tiene miles de años de reflexión encima. Sócrates, Platón, Aristóteles, Maquiavelo por sumar. Marx, Weber, Durkheim y Gramsci por agregar algunos más. El propio Hayek, para que quede clara la postura. Todos pensaron modos de vivir en común y se podrá estar de acuerdo o no, claramente.

Pero lo que está en juego hoy es exactamente eso: quién puede hablar por “un” nosotros y quién define ese nosotros. No es cuestión de sólo aceptar errores del pasado

como si eso arreglase algo. Tampoco de afirmar bondades propias para cancelar la bestialidad del que “no ve diciendo que el resto no ve”. Ahí está en juego algo más que una verdad o una razón personal o particular. Se trata de una razón común construida y, por ende, luchable. Desde distintos espacios y frente a la debacle generalizada que estamos presenciando, *resistir* —las *Resistencias*— es la tarea del ahora. Como se pueda.

Julián Alberto Melo y Cristian Acosta Olaya

Revista *Resistencias*

Buenos Aires, noviembre de 2024